

Fauna astronómica (I)

Una guía para identificar especímenes nocturnos con telescopio

Miguel Guerrero

rupestreguerrero@gmail.com

En toda quedada astronómica hay telescopios, hay cielos... pero, sobre todo, hay fauna. Una constelación humana compuesta por místicos del cosmos, niños prodigio, acumuladores compulsivos de equipo, sabotadores climáticos y veteranos cargados de anécdotas que podrían escribir una trilogía. Cada uno mira al cielo desde un ángulo distinto, con una pasión particular, con una forma única de conectar con lo infinito. Y aunque algunos vengan solo a ver, otros a hablar, otros a probar cacharros, y otros simplemente a recordar, todos tienen algo en común: siguen mirando arriba. Porque lo que une a esta tribu no es el conocimiento ni la tecnología, sino esa necesidad profunda y casi infantil de levantar la cabeza y maravillarse.

Desde los años 80 hasta hoy, la fauna que puebla las noches estrelladas ha evolucionado. Algunos dirían que ha mutado y otros que se ha degradado. Lo cierto es que bajo un cielo oscuro conviven especies variopintas. Desde el romántico del planisferio plastificado hasta el tecnófilo que lanza su telescopio desde una app móvil mientras se calienta las manos con una batería de 500 vatios.

Ser astrónomo aficionado no es una afición, es un trastorno benigno. Una especie de posesión que te lleva a gastar un dineral en cosas que no puedes enseñar a tu familia porque solo muestran "una manchita", a conducir dos horas para acabar viendo... nubes, y a emocionarte por detectar un cúmulo globular que parece una pelusa bajo una linterna roja. Pero dentro de esa locura maravillosa, hay tipologías claras. Cada uno con su comportamiento, sus frases tipo, su mochila llena de objetos inútiles o imprescindibles, y sus anécdotas que se repiten más que las fases lunares.

Este artículo (dividido en dos partes) es un homenaje (y una terapia) a todos ellos. Porque yo también he sido cada uno. He pasado por todas las fases evolutivas del astrónomo aficionado, como si la astronomía tuviera su propia escala de Pokémon.

Si tú, lector, te reconoces en uno (o en varios) de estos perfiles, enhorabuena, porque formas parte de una especie muy especial. Una que se abriga por la noche, se emociona con una mota difusa en el ocular y que, de alguna forma, sabe que mirar al cielo no es solo una afición... es una forma

de estar en el mundo. Así que, ya seas un Dobsonita, un manitas, un batallitas o un iniciado que aún no distingue Marte de un avión... bienvenido. Las estrellas son para todos. Así que apaga la luz, enciende la linterna roja, y prepárate para identificar (y reírte de) cada uno de los tipos de observadores que habitan nuestras noches estrelladas. Si no te reconoces en alguno, tranquilo, eso solo significa que aún no te has transformado.

El Astrónomo Analógico

También conocido como el del planisferio plastificado, el cartógrafo nocturno, el padre del seeing emocional. Antes de que existieran las apps, los láseres verdes y los telescopios que se alinean solos mientras tú te haces un café, había un ser humano que salía al monte con una linterna, un mapa de papel, y una fe inquebrantable. Ese ser es El Astrónomo Analógico. Lo reconocerás fácilmente: es el único que sigue diciendo "cielo profundo" y no "deep sky". Si oye que alguien busca "la M31" con una app, le da un microinfarto de dignidad.

Este espécimen nocturno es capaz de localizar objetos invisibles con solo mirar el cielo y arrugar la frente. Lleva observando desde los años 80, cuando un telescopio de 76 mm ya te convertía en semidiós. Su equipo habitual incluye un planisferio gastado que huele a humedad y sabiduría, un cuaderno de tapas duras con dibujos de galaxias que parecen amebas, una linterna forrada con celofán rojo (marca "papelería de barrio") y una chaqueta que compró el mismo año que vio el cometa Halley.

No entiende los menús digitales. Cree que "GoTo" es una falta de respeto, como

copiar en un examen de astronomía. Para él, buscar un objeto forma parte del rito sagrado. Aunque tarde una hora. Aunque al final no lo encuentre. Porque lo importante no es ver... es buscar. Como en la vida. Pero con niebla.

Tiene una relación amorosa con las constelaciones clásicas. No necesita brújula, se orienta con Orión, con Casiopea, y con un sexto sentido que desarrolló tras ver 1.000 veces el cielo desde la misma piedra del mismo descampado. Cuando llega alguien con un telescopio controlado por tablet, lo mira con pena, como quien ve a un niño usando ruedas en la bici con 40 años.

Es muy probable que te cuente la historia de su primer telescopio. Siempre fue "muy modesto", pero con él "vio cosas que no creerías". Y no, no habla de naves en llamas, habla de M13 visto con 26 aumentos.

Sus frases preferidas son: "Esto con el planisferio se hace en un momento", "¿Dónde está el norte? dame dos minutos y te lo saco", "Los cúmulos antes eran más brillantes. No es que yo vea menos, es que brillaban más", "el Halley fue una decepción, pero qué noches pasamos"...

Si lo invitas a una quedada astronómica, aparecerá sin GPS. Solo con su coche, su intuición, y una copia vieja de una revista "Tribuna de Astronomía" con un mapa dibujado a boli. Y llegará tarde, pero llegará. Porque tiene un talento natural para encontrar campos oscuros... y porque ya se ha perdido 17 veces antes.

El Dobsonita Militante

No confundir con alguien que simplemente tiene un Dobson. El dobsonita no posee un telescopio, habita en él. Es su tótem, su credo y su escudo de guerra. Donde tú ves un tubo enorme difícil de transportar, él ve una extensión de su ser. Porque lo importante no es que pese 30 kilos, ni que ocupe el maletero entero del coche, ni que requiera un carrito, una lona, una banqueta y una columna vertebral de repuesto... lo importante es la apertura. Cuanta más, mejor. Y si hay que dejar fuera del coche la mochila, la pareja o al perro, se deja, porque lo que entra es el Dobson.

El dobsonita llega a las quedadas con mirada tranquila y cierta arrogancia zen. Se sabe poseedor de la óptica más pura, del camino recto, del minimalismo cósmico. No usa motores, ni cables, ni mandos con flechas. Él empuja su tubo a mano como quien abre la puerta del universo con la punta de los dedos. Tiene mapas impresos, cuello de buitre y puntería de cazador paleolítico. Cuando localiza M51 lo hace con una precisión casi ofensiva y luego dice "ahí está" como si la galaxia hubiera acudido a la cita puntualmente.

Siente una mezcla de desprecio y lástima por los usuarios de GoTo. No los odia, pero los considera seres extraviados. Cree firmemente que la búsqueda es parte del viaje, que encontrar una nebulosa tras veinte minutos de rotar el tubo es un acto de iluminación espiritual, y que cualquier ayuda electrónica es una traición a la esencia misma de la astronomía. Su telescopio, muchas veces, lo ha hecho él mismo o ha ayudado a construirlo. Si lo compró, fue usado, viejo y sin florituras. Nada de botones ni pantallas. El dobsonita no busca

comodidad, busca cielo profundo y polvo en la ropa.

Tiene frases que repite como mantras. Habla de John Dobson como si lo hubiese conocido en persona, aunque solo lo haya visto en YouTube. Suele empezar conversaciones con "esto con un dob de 12 pulgadas lo pillas sin problema" y las termina con "eso con binoculares no lo ves ni en sueños". Si alguien se acerca a mirar por su telescopio, adopta una expresión de maestro de artes marciales permitiendo al discípulo mirar por la espada. Es probable que el ocular valga más que el telescopio entero y que huela levemente a moqueta, colimación y gloria.

Cuando el tubo es muy grande, se acompaña de una escalera. Subir por ella en plena noche para mirar por el ocular es un acto ceremonial. Desde allí, el dobsonita observa el universo como si le perteneciera, y si no encuentra lo que buscaba, no culpa al equipo ni al cielo, sino a su propio karma. Porque el dobsonita no se rinde. Insiste, busca, ajusta, vuelve a empezar. No viene a mirar cosas fáciles, viene a atrapar galaxias perdidas, a cazar nebulosas invisibles, a mirar lo inobservable.

Y si por casualidad le preguntas cuánto cuesta su telescopio, se encoge de hombros y dice algo como "menos de lo que vale una montura alemana decente" mientras clava la vista en la Vía Láctea como si acabara de tener una conversación privada con ella. Porque el dobsonita no compra cosas, adquiere experiencias. No monta equipos, monta epopeyas. No observa estrellas, conversa con ellas. Y aunque a veces parezca un poco fundamentalista, un poco terco, un poco salvaje... en el fondo todos le envidian. Porque él, al menos, ha visto M13 como Dios manda.

El Astrofotógrafo Digital

Si en mitad de una quedada ves una figura envuelta en cables, rodeada de baterías, pantallas, telescopios múltiples y luces misteriosas que parpadean como si estuviera a punto de lanzar un satélite, no estás ante un agente secreto ni ante un friki del home cinema, estás ante un astrofotógrafo digital. No uno cualquiera, no el nostálgico del carrete y el trípode cojo, sino el profesional aficionado que ha invertido más en CCDs que en colchones, el que lleva meses sin mirar por un ocular y se comunica mayormente con su montura, su portátil y, a veces, con Dios si algo se descuadra.

Este ser no ha venido a “mirar”, ha venido a extraer belleza del cosmos, a capturar con precisión quirúrgica cada fotón que atraviese la atmósfera. Mientras los visuales se emocionan con un cúmulo que parece una pelusa, él susurra cosas como “binning a 2x2” o “necesito darks nuevos” y mueve el ratón con solemnidad de sacerdote egipcio. Su telescopio no apunta, se alinea, no busca, trackea, no observa, integra. Y si todo va bien, si la humedad no arruina nada, si el guiado no salta, si ningún torpe pasa con linterna blanca... entonces, y solo entonces, obtendrá su tesoro: una nebulosa con detalle, profundidad y color suficiente como para que alguien en Instagram diga “parece falsa”.

El astrofotógrafo digital no necesita ver el cielo directamente, tiene la pantalla, tiene sus histogramas, sus curvas, sus 37 archivos FITS abiertos en paralelo y su plan de apilado para toda la semana. Su lenguaje es incomprensible para los profanos, lleno de siglas, de sensores, de drivers, de “ganancia

unificada” y de cosas que suenan a física avanzada pero que en realidad son solo maneras de decir “aún no está perfecto”. Si lo ves quieto, con cara de concentración, no lo interrumpas... puede estar calibrando tomas planas, ajustando la temperatura del sensor, o simplemente sufriendo en silencio porque ha detectado una ligera deriva en RA.

No mira a Saturno, no le interesa la Luna, y si pasa un cometa brillante por el cielo probablemente lo ignore porque “estoy con un proyecto SHO de la IC5070 en narrowband y no me quiero desviar”. Lo más triste y maravilloso es que, a veces, no mira ni el cielo. Llega, monta, automatiza y se va a dormir, dejando al equipo trabajando solo en mitad de la noche como una especie de mayordomo robótico astronómico. Luego, al día siguiente, se encierra en su cueva de edición digital, con música épica, procesando capas y capas hasta que la nebulosa final parezca salida del Hubble o de un cuadro de Dalí, y entonces la sube a Astrobín con todo el detalle técnico posible y una descripción tipo “20 horas de integración, filtros Ha-OIII-SII, telescopio 102/714 con reductor y ASI 1600MM Pro refrigerada a -15 °C”... y ahí es donde por fin se siente realizado.

No es que no ame la astronomía, es que la ama tanto que ya no le basta con mirar. Necesita capturarla, retenerla, procesarla, publicarla y archivarla como quien embotella la esencia de las estrellas. Y aunque parezca que no siente emoción, en el fondo vibra por dentro como todos los demás... solo que su “¡guau!” suena más bien a “sube un poco el fondo en curva logarítmica y ajusta el canal rojo”.

Pero la fauna no acaba ahí. El firmamento social de la astronomía aficionada es tan amplio como el catálogo Messier, y podemos seguir ampliando la guía de campo. Veamos ahora perfiles igual de entrañables, contradictorios y divertidos, porque en toda observación siempre aparece el GoToadicto con su mando pegado a la mano, el Manitas que parece más un ingeniero que un observador, y el Teórico o Conferenciante, que tal vez no encuentre Orión sin ayuda, pero te da una charla magistral sobre cómo se formó el universo.

El GoToadicto

El GoToadicto es esa criatura moderna que no contempla el cielo como un mapa sagrado lleno de secretos, sino como un menú desplegable. Para él, la astronomía no empieza con una carta estelar ni con una orientación a ojo ni con una brujita cutre. Empieza con el botón de encendido. Le da igual si Casiopea está al norte o al bar. No lo necesita. Su telescopio lo sabe todo. Porque tiene GPS, Wi-Fi, Bluetooth, y probablemente más inteligencia que él mismo.

No es que no le guste la astronomía. Le encanta. Pero le gusta sin complicaciones. Con motores, con base de datos, con seguimiento automático y, si puede ser, con app en el móvil para controlar todo sin levantarse de la silla. El GoToadicto vive una experiencia estelar con la misma actitud con la que uno pone el lavavajillas. Selecciona, pulsa, espera... y aparece. M13, click. La nebulosa de la Hélice, click. La galaxia de Andrómeda, click. Y si no aparece al momento, frunce el ceño, resetea el sistema, y le echa la culpa a la alineación.

Pero jamás, jamás, se le ocurrirá buscar algo a mano. Porque eso sería retroceder en la evolución.

Cuando habla con dobsonitas o visuales veteranos, adopta un tono entre la condescendencia y la sorpresa, como quien ve a alguien usando máquina de escribir en la era del portátil. "¿Pero tú te orientas con estrellas? ¿A ojo? ¿En serio?" pregunta mientras el mando de su montura parpadea con satisfacción. Si el cielo está nublado, se desespera. No por no poder observar, sino porque la alineación no es posible y entonces se rompe la magia. Porque para él el cielo empieza a tener sentido solo cuando el telescopio sabe dónde está.

Le encanta hacer demostraciones. Monta el equipo con gesto meticuloso, como quien ensambla un dron de competición, y luego deja que el público admire cómo el tubo se mueve solo, suave, elegante, apuntando al objetivo exacto mientras él sonríe con orgullo de padre tecnológico. A veces se emociona tanto con el sistema que se olvida de mirar por el ocular. Y cuando por fin lo hace, suelta un "¡buah, brutal!" aunque no sepa muy bien lo que está viendo. Pero no importa. Porque lo importante es que el telescopio lo ha encontrado solo.

A veces, se emociona comprando accesorios que no necesita, como una batería que duraría tres noches en Marte, un cable de guiado que no sabe para qué sirve, o una segunda app para controlar lo mismo que ya controla con la primera. Vive con miedo a quedarse sin conexión o a que el firmware se cuelgue, y en el fondo sabe que si su equipo falla... está perdido. No sabría orientar ni una brújula de excursión.

Y sin embargo, hay algo entrañable en él. Porque dentro de todo ese despliegue tecnológico, de toda esa dependencia electrónica, hay un niño que sigue alucinando cada vez que ve Saturno, aunque no sepa que está en Capricornio, ni le importe. Porque lo ha encontrado solo su telescopio. Pero la sonrisa es suya.

El Manitas Astronómico

El bricómano estelar, el MacGyver del cielo, el creador de monstruos con PVC, no compra telescopios, los crea. Y si compra uno, lo desmonta antes de usarlo. Porque él no viene al campo a observar, viene a mejorar, a evolucionar el diseño, a probar una modificación que "en teoría" reduce el viñeteo en un 0,7 %. Tiene más herramientas que filtros, más destornilladores que oculares y más cinta americana que paciencia. Y una vocación inquebrantable por convertir cualquier objeto de uso cotidiano en un componente astronómico. Desde el tubo de PVC que antes fue bajante de un lavabo, hasta un trípode hecho con una escalera y dos abrazaderas de fontanería.

Es ese ser que aparece en las quedadas con algo nuevo, siempre nuevo, un "invento" que ha probado en casa pero nunca bajo el cielo, y que consiste en una caja con ventiladores, leds, piñones reciclados de una impresora de 1998 y una placa Arduino que hace algo, no se sabe muy bien qué, pero él asegura que "mejora la estabilidad del enfocador". No se le puede mirar con desdén, porque todo lo dice con una pasión tan pura que dan ganas de abrazarlo aunque esté lleno de grasa de litio.

El Manitas es generoso con sus conocimientos y peligrosísimo con sus consejos. Si le das conversación, te acabará regalando una pieza que ha impreso en 3D, aunque no sepas para qué sirve. Si te quejas de algo, te propone una solución casera que incluye velcro, tornillos M4 y una caja de zapatos. Si le dejas tocar tu telescopio, lo vas a recuperar distinto. No peor, necesariamente, pero con un agujero nuevo y una palomilla "que antes no estaba".

Tiene un lenguaje propio. Habla de diámetros interiores, roscas compatibles, par de apriete y adaptadores con una soltura que asusta. Lleva en el coche una caja de herramientas del tamaño de una nevera pequeña, junto con pegamento térmico, bridas de colores y un soldador portátil que ha usado en pleno campo bajo la luz de la Vía Láctea. Cuando algo se rompe en una quedada, todos miran hacia él. Y él sonríe, porque para eso ha venido, para salvar la noche con una junta tórica.

Tiene también un pasado glorioso. Suele contar cómo construyó su primer telescopio con un espejo de 150 mm y un tubo de cartón, cuando tenía 15 años. Lo recuerda como otros recuerdan su primer amor. Su sueño secreto no es ver una supernova ni sacar una buena foto de M42. Su sueño es inventar algo tan bueno que alguien diga "¿pero esto dónde se compra?". Y él pueda responder, con humildad forzada: "me lo he hecho yo".

Nunca viene sin cacharros y nunca observa relajado, porque siempre está probando algo. Un enfocador nuevo, un sistema de contrapesos magnéticos, un soporte de móvil hecho con piezas de Lego. Y, curiosamente, a veces pasa la

noche entera sin mirar por el telescopio. Porque está midiendo cosas, ajustando, observando la observación.

Y cuando termina la sesión, con la ropa llena de polvo, los dedos negros y un par de cosas rotas que no lo estaban antes, se va a casa feliz. Porque ha vuelto a experimentar, a construir, a cacharrear. Y porque alguien, en algún momento, le ha dicho: "oye, ¿y eso cómo lo has hecho?". Y en su mundo, eso es la mayor de las galaxias.

El Teórico de PowerPoint

El conferenciante de salón o teórico de trinchera es ese miembro imprescindible del grupo astronómico que nunca ve nada, pero siempre sabe lo que deberías estar viendo. Tiene el cielo en la cabeza, los catálogos en la lengua y los telescopios en los libros. Pero a la hora de ponerse delante del ocular... algo pasa. Se le empañan las gafas, apunta al revés, mueve el tubo cuando no debe o, simplemente, se lían con los ejes y acaba mostrando una antena.

Eso sí, no falla nunca a un taller, una charla, un evento público o una actividad escolar. Se apunta a todo. Es el primero en proponer ideas: noche lunar, semana de Júpiter, día del solsticio, proyección del eclipse con cartulina perforada, mesa redonda sobre la evolución estelar, o curso acelerado de espectroscopía casera con CDs reciclados. Es como un Pinterest viviente del conocimiento astronómico.

Se le da mal observar. Él lo sabe, pero le da igual. Porque su fuerte es explicar. Y explicar con pasión. Y con datos, muchos datos. De esos que te abruman, de esos que hace que los niños en las escuelas lo

miren como a un mago, y los adultos como a alguien que probablemente necesita salir más al monte. Tiene libros gastados, PDFs clasificados por carpetas, y un Excel con todas las efemérides de la próxima década. Tiene puntero láser, vídeos, diapositivas, maquetas del sistema solar con pelotas de goma, y hasta un trozo de meteorito falso que enseña como si fuera oro de asteroide.

No importa que no sepa alinear un telescopio sin ayuda, porque cuando habla de Galileo o de las fases de Venus, lo hace con un entusiasmo que lo redime. A veces, incluso da la charla sin haber mirado ni una vez por el ocular esa noche. Pero nadie se lo reprocha, porque siempre tiene a mano una explicación brillante, una cita histórica o un gráfico espectacular que hace que todos aprendan algo.

Es el clásico que dice "yo ya lo he visto muchas veces" cuando se le invita a mirar por el telescopio. Y tú sabes que no es verdad. Que a lo mejor vio Saturno una vez en 2009. Pero no importa, lo suyo no es mirar, lo suyo es contar.

A veces se frustra en silencio, porque le encantaría tener más habilidad práctica. Pero otras veces lo compensa con creces organizando actividades, animando al grupo, escribiendo artículos, difundiendo ciencia y contagiando el entusiasmo. Porque aunque no sepa distinguir entre M81 y una farola lejana, es el que hace que otros se interesen. Y eso, en el fondo, también es mirar al cielo. Solo que desde otra trinchera. ■